

Democracia por venir y duelo <i>Héctor Ariel Lugo</i>	281
Qué hay para leer en una fecha <i>Marcela Rivera Hutinel</i>	315
Soberanía y traducción <i>Manuel Rebón</i>	357
Posfacio <i>Ana Paula Penchazsadeh</i>	393
Sobre los autores	413

PREFACIO

Emmanuel Biset

Recepción

Una lectura —lo quiera o no— se inscribe siempre en una historia de la recepción de una tradición. Esta historia no es sino un campo de disputas. Esto no significa que siempre sea necesario fijar el campo y determinar una posición en él, sino asumir que una lectura es siempre algo común. Se lee, cada vez, con otros. Esos otros son múltiples y no se pueden determinar de modo definitivo, son los del propio texto, son los de cada lectura y son al fin las marcas culturales de un presente esquivo. Por todo esto, una lectura es una intervención que si bien no puede predeterminar de modo definitivo sus sentidos, establece algunas coordenadas en un cierto campo. Con ello quiero señalar que publicar un libro sobre el problema de la *soberanía* en Derrida es una intervención en el campo de su recepción que se dirige, al mismo tiempo, a discutir rigurosamente este tema en el autor y establecer algunas coordenadas de lectura desde procesos políticos específicos. Por ello entiendo que, a modo de introducción, es necesario atender a tres cuestiones.

Como primer aspecto a discutir, que marca el estado actual de la recepción de Jacques Derrida, y no sólo para el pensamiento político, está —la cuestión de la domesticación. La pregunta es doble: por un lado, de qué modo ciertas lecturas “domesticar la deconstrucción”; por el otro, cómo es

posible realizar una lectura que no domestique. Dos indicios preliminares al respecto. Primero, un libro publicado en el año 2006 de Lorenzo Fabbri se titula específicamente *L'addomesticamento di Derrida* (Fabbri, 2006) y se trata específicamente de un trabajo sobre su recepción norteamericana, ante todo sobre la recepción por parte de Richard Rorty (la introducción se refiere a la necesidad de tomar en serio a Rorty). Segundo, una entrevista realizada a Catherine Malabou en el año 2010 en la que, luego de que el entrevistador le pregunta si su lectura de Hegel no cuestiona de cierto modo la deconstrucción, responde:

“Esta pregunta pone directamente en cuestión el estatuto de la deconstrucción. En efecto, mi posición consiste en afirmar que el riesgo de reconducción de la presencia no existe, o ya no existe. La deconstrucción de la presencia tuvo lugar. Con Heidegger primero, y Derrida enseguida, asistimos a todas las vueltas y rodeos de dicha deconstrucción. A nadie se le ocurriría una nueva filosofía de la presencia. Por eso mismo la deconstrucción de la presencia ya no tiene sentido hoy por hoy. En la medida en que tuvo lugar y se cumplió, esta operación ya no tiene fuerza subversiva. Ella ya no trastoca nada pues ya no tiene objeto. Todos los grandes autores de la tradición filosófica han sido sometidos a la lectura deconstructiva. Todos los conceptos filosóficos también lo han sido. Desde entonces, hoy sólo se puede hacer filosofía partiendo de ese real ya deconstruido. [...] La pregunta que se plantea entonces y que es una cuestión de proporciones, es saber si la deconstrucción misma puede todavía tener una significación y ser operativa como método crítico más allá de la deconstrucción de la presencia». La primera cuestión de una lectura actual de Derrida es esa: ¿cómo producir una lectura que tenga «fuerza subversiva»?” (Malabou, 2010: 140)

El segundo aspecto a discutir se precisa desde el pensamiento político. Se puede afirmar que buena parte de la recepción de Derrida trabaja actualmente sobre este aspecto de sus textos por causas externas—tal como la rehabilitación de la filosofía política— y por causas internas —tal como la orientación de la mayoría de los textos que publicó desde comienzos de los 90. Esta doble dimensión resulta irreductible, es decir, dar lugar a una lectura que al mismo tiempo trabaje minuciosamente sobre los textos de Derrida desde esa tradición de discurso denominada filosofía o teoría política. Sin embargo, la cuestión que interesa no se dirige a circunscribir conceptos o categorías políticas de modo minucioso, sino a trabajar sobre la *potencia política de la deconstrucción*. Por ello la cuestión es doble: de un lado, preguntar dónde radica la potencia política de la deconstrucción y, de otro lado, indagar por el trabajo de lectura que ello implica. No se trata de ir a buscar todas las respuestas a los problemas teóricos ni a las situaciones de coyuntura en los textos de Derrida. Uno de los modos de domesticar la lectura consiste en sacralizar un nombre propio, venerado, repetido, defendido como lugar absoluto. La cuestión pasa por cómo dar lugar a una “lectura política”. Pues si toda lectura es política, incluso en su estatuto denegatorio, la pregunta es cómo dar lugar a una lectura que explícitamente se trame “entre” una investigación rigurosa del pensamiento político de J. Derrida y nuestros propios problemas políticos.

La última cuestión se dirige a pensar aquello que abre una indagación sobre la soberanía en Derrida. Si bien la cuestión de la soberanía puede rastrearse extensamente en sus textos, es en sus últimos escritos donde aparece con toda fuerza. La primera cuestión que surge allí es si la indagación sobre la soberanía en textos como *Canallas* o el Seminario *La Bestia y el Soberano* no establece una distancia crítica respecto de los textos de la década del 90. O si se quiere, se trata de pregun-

tar si estos escritos no dan lugar a un pensamiento político diferente respecto de aquel elaborado en textos como *Fuerza de ley*, *Políticas de la amistad* o *Espectros de Marx*. La segunda cuestión es no sólo cómo se inscribe esta preocupación en una rehabilitación del problema de la soberanía (abandonado por cierta filosofía o teoría política contemporánea), sino cómo da lugar Derrida a una retórica dentro de la tradición crítica no centrada exclusivamente en el par poder-resistencia. La tercera cuestión es cómo producir una lectura, un trabajo, que desde nuestras coordenadas permita redefinir la deconstrucción no sólo en términos negativos frente a algo a socavar, sino como una apuesta afirmativa. Esto resulta de especial relevancia allí cuando ciertos procesos políticos latinoamericanos situaron de modo diferente el lugar del Estado respecto a las demandas emancipatorias o los reclamos de justicia social. Por ello se trata de una lectura trabajosa, rigurosa, que escape a la dicotomía recurrente en la tradición de izquierda entre un pensamiento socialdemócrata sostenido en un reformismo progresivo dentro del marco institucional y un pensamiento radical sostenido en la ruptura con la institucionalidad como posibilidad emancipatoria. Los procesos latinoamericanos escapan a esta dicotomía y exigen pensar la política de otro modo. En ese sentido, una cierta exigencia de pensamiento político requiere otra apropiación de la deconstrucción.

Sobre estas tres cuestiones, preguntas generales, me interesa señalar algunos aspectos para intervenir en ese campo de disputa sobre la recepción de Derrida y sobre las coordenadas de un pensamiento político crítico en la actualidad.

Lectura

Una lectura siempre se juega entre dos posibilidades: la pura inmanencia del texto y la pura trascendencia del lector. Con

ello quiero señalar que mi punto de partida es que no existe un texto cuyo sentido sea evidente, que sea una pura presencia, pero que tampoco su sentido sea mera construcción exterior, o reconducción a un significado externo como causas sociopolíticas o biografías individuales. Como ya tempranamente supo señalar el mismo Derrida, la lectura en un sentido estricto debe evitar el comentario duplicante (la paráfrasis que busca la literalidad del sentido o la revelación de lo no-evidente) y el significado trascendente. Trabajar sobre las torsiones que un texto efectúa sobre una lengua que inevitablemente se le impone. O mejor, una lectura debe “producir” ese desfase entre la lengua y el texto, pero no en un sentido de construcción, sino simplemente dar cuenta de un desfase que no es evidente. Esto me sirve para señalar, ante todo, que uno de los riesgos en torno al sentido mismo de la deconstrucción —entendida provisoriamente sólo como aquella esbozada por Derrida—, su domesticación o su potencial subversivo, es pensar el sentido de una lectura como pura construcción del lector. Si pensamos la domesticación como pura construcción externa del lector, como imposición de un sentido externo, terminamos por realizar una lectura idealista. Utilizo el término idealismo en un sentido vago para indicar solamente un sujeto lector que impone sus condiciones a un objeto-texto. Muchas veces esto sucede utilizando el término “performatividad” como sinónimo de “construcción”, confundiendo las cosas por cierto. Que una lectura sea performativa no significa que un sujeto lector imponga de modo externo el sentido de un texto. Ahora bien, en oposición a este idealismo interpretativo no se puede postular una lectura correcta que reconstruya de modo literal el sentido de un texto, pues en tal caso se idealiza el objeto bajo el presupuesto de un ideal de transparencia del sujeto lector. En todo caso, la lectura siempre se da en un doble entrecruzamiento: un trabajo de lectura entre

sujeto y objeto y entre la lengua y el texto. La lectura performativamente produce ese "entre" que termina por dislocar las categorías de sujeto y objeto y su supuesta autonomía.

Estas observaciones preliminares en gran medida surgen del modo en que el mismo Derrida ha trabajado la noción de lectura. Sin embargo, entiendo que pueden ser extendidos más allá de la deconstrucción para pensar las formas contemporáneas de la lectura. Me refiero a que buena parte de las discusiones en torno a la interpretación, sobre todo en ese campo denominado "crítica literaria", parten de estos supuestos para luego dar cuenta de distintos modos de pensar ese desfase, sea el psicoanálisis, el estructuralismo, la hermenéutica, etc. Señalo esto porque uno de los riesgos de la deconstrucción derridiana es que fije los propios criterios de su interpretación, es decir, que sólo se pueda leer deconstructivamente la deconstrucción. Esta circularidad, que no es sino una reformulación del principio de autoridad, no funciona desde que la deconstrucción no sólo no es un método de lectura que fija procedimientos formales, sino que debería clausurarse a sí misma: la deconstrucción de la deconstrucción sería una doble negación, un no-no. En cualquier caso, mi perspectiva es la siguiente: se trata de dar cuenta de un modo de lectura de Derrida que si bien comparte los presupuestos generales indicados no conlleva la repetición de las estrategias de lectura del propio Derrida. Por ello se opone a aquellas lecturas que de un modo u otro trabajan sobre la reconstrucción de Derrida (aun cuando la misma no sea lineal) o a aquellas lecturas que repiten sus estrategias. No se trata ni de contar de modo fidedigno lo que dijo Derrida ni de repetir sus estrategias de lectura. Frente a ello, una lectura performativa tiene como punto de partida un trabajo sobre la distancia, sobre la relación entre fidelidad e infidelidad, que desde mi perspectiva es siempre conflictiva. Si me interesa volver sobre la expresión

de Derrida "estoy en guerra conmigo mismo" es porque encuentro allí no una confesión biográfica sino una indicación de lectura. Una lectura entonces que trabaja fijando modos de la distancia que vuelven los textos articulados en torno a un nombre propio conflictivos entre sí. Destacar el carácter conflictivo no significa reconducir una interpretación a la fijación de contradicciones, ni siquiera de aporías, sino precisar desplazamientos de sentido que posibilitan diferentes lecturas.

Si una lectura es una *rítmica de las distancias* me interesa precisar cuatro rasgos de la misma. Primero, una lectura es —lo quiera o no, lo explícite o no (puede ser denegatoria)— una intervención en un campo. Esto no significa que un campo tenga límites precisos, ni siquiera que sea una totalidad (la idea de un estado de la cuestión parece reconducir muchas veces a ello), pero en tanto intervención siempre es una estrategia en un campo de fuerzas determinado. La noción de estrategia no debe ser reconducida a una intencionalidad o voluntad omnisciente, pero una lectura ante un cierto juego de fuerzas percibido interviene para afirmar u oponer. O mejor, siempre se juega afirmando ciertas cosas contra otras cosas. Segundo, me interesa pensar una lectura en términos de potencia, esto es, la potencia de una lectura se juega en el modo en que recuperando rigurosamente un texto lo reinventa. Una reinención no supone irreductiblemente el carácter de novedad, esto es, es necesario separar la reinención de una pulsión de ruptura o de novedad permanente. Incluso diría que en este sentido entiendo la palabra interpretación. Hay miles de textos sobre los clásicos, pero pocas lecturas, en el sentido de reinención. Tercero, se trata de una lectura cuya materialidad no significa reconducir a las condiciones sociales de producción de un texto, sino que se atiene a la materia-texto, sin asumir que de la materia emana un sentido evidente. Se trata de atender a esa materialidad esquiva de la textualidad donde

el sentido es una remisión evanescente. Por último, he aquí un rasgo que quisiera destacar, una lectura rigurosa no sólo supone atenerse al texto para reinventarlo, sino que siempre se juega en el límite entre política y teoría. Se trata de combinar un trabajo teórico riguroso con la indagación política. Para decirlo de otro modo, la deconstrucción nos exige una lectura minuciosa, por ejemplo, que trabaje sobre la noción de lo trascendental en Kant, Husserl y Heidegger, pero al mismo tiempo una dislocación de los modos de sometimiento y exclusión que constituyen nuestro entramado institucional. He ahí una exigencia deconstructiva. Quedarse sólo con la indagación teórica o quedarse sólo con intervenciones prácticas desactiva el potencial de la deconstrucción que supone precisamente una reinención de las relaciones entre teoría y práctica que se resuelve en cada caso.

Todo esto para señalar, por un lado, que efectivamente existen múltiples modos de domesticar la deconstrucción derridiana. Posiblemente los dos más presentes sean la banalización cultural de la palabra deconstrucción (cualquier cosa parece que puede llevar el nombre deconstrucción, por ejemplo, un postre en un restaurante) o la especialización académica de la teoría. Claro que, inevitablemente, una lectura domestica de algún modo, y quizá sea un rasgo constitutivo de toda interpretación. Sin embargo, contra una domesticación general sólo queda pensar el carácter político de una intervención deconstructiva. Por ello mismo es necesario tener especial cuidado ante las afirmaciones de C. Malabou, pues esa supuesta superación de una deconstrucción de la presencia, parece desconocer los modos en que hoy más que nunca se expanden todo tipo de xenofobias, racismos, exclusiones. Me atrevo a decir que ante un panorama mundial de reconstitución de nacionalismos, de reafirmación de fronteras y muros, nada parece más urgente que una deconstrucción de sus supuestos

teóricos e institucionales. Pero esto no debe llevar a postular una nueva dicotomía que señale algo como que la deconstrucción todavía tiene sentido en términos prácticos pero que filosóficamente ya no tiene nada para decir. Vuelvo a insistir con algo: la potencia de la deconstrucción está en una precisa articulación de teoría y práctica, donde el carácter indisoluble de ambas dimensiones se juega en la singularidad del cada caso. Se trata de una exigencia trabajosa que requiere, para decirlo brutalmente, más y más estudio para más y más intervención. Por todo esto, el potencial subversivo de la deconstrucción no se juega en repetir muletillas respecto del cuestionamiento de una metafísica de la presencia, sino en esa articulación de rigurosidad teórica e intervención institucional.

En última instancia, la potencia subversiva de la deconstrucción se produce en tanto práctica singular, y no como aplicación de un método. Ahora bien, esto da lugar a una paradoja: si no puede ser sistematizada en abstracto, es decir, convertida en un significado trascendental, no es posible identificar lo que se hace bajo ese nombre. En otros términos, la pregunta es: ¿qué convierte a una práctica en deconstructiva? No puede ser cualquier práctica, disolverse en una generalidad que diluya su sentido, pero tampoco tener el reaseguro de la aplicación de un método prefijado. La exigencia de la deconstrucción supone entonces una radical redefinición de la relación entre teoría y praxis, puesto que no se trata sólo de un estudio minucioso de los textos de Derrida, donde se aplique el conocimiento de un autor a la investigación o a la orientación de otras prácticas. Aún más, la cuestión a pensar es que existe un desfase entre el saber de la deconstrucción, de Derrida u otros autores, y el propio ejercicio deconstructivo. Es necesario diferenciar entre dedicarse al estudio de Derrida, como se podría estudiar cualquier otro autor, y dar lugar a una práctica deconstructiva. Por esto mismo, esta

práctica supone un distanciamiento no sólo con la teoría derridiana sino con su propio ejercicio. De lo contrario se convertiría en un procedimiento metodológico abstracto aplicable a cualquier instancia. Sin embargo, esta lejanía no supone un simple abandono. Mi impresión es que la deconstrucción adquiere relevancia cuando la redefinición de las relaciones entre teoría y praxis permite dar lugar a una práctica de indagación con ciertas características: primero, confronta un proceso de significación, una textualidad, a sus propias condiciones de constitución; segundo, muestra cómo allí existen instancias de exclusión y subordinación y, tercero, muestra de modo inmanente cómo es posible desestabilizar ello. Un modo de lectura que pone en juego los protocolos de lectura cada vez, en cada texto. Por ello mismo la apuesta no es la reconstrucción del sentido, sino la apertura del mismo, esto es, el cuestionamiento de su clausura. Es en el mismo "método" que se encuentra su apuesta política.

Política

Esto me conduce a precisar las implicancias políticas de la deconstrucción. Ante todo, entiendo que la deconstrucción supone una redefinición de los modos de vincular la teoría con la política. Una extensa tradición de pensamiento ha señalado que el problema es que la teorización sobre la política ha supuesto la reducción de eso que sea la política a lo que se entiende por teoría. Ejemplarmente, la teoría definida como filosofía, entendida en muchos casos como la búsqueda de un saber, una verdad, que trascienda cualquier contingencia empírica. Por esto mismo, cierta filosofía ha reducido la complejidad de la política a un orden ideal establecido por la teoría. Desde este mismo esquema, la teoría debe orientar la

práctica, fijar su sentido. Derrida pertenece a una tradición que cuestiona ese modo de construir el vínculo redefiniendo lo que se entiende por filosofía. Dicho de otro modo, para evitar una relación de exterioridad y de subordinación entre teoría y política, Derrida da lugar a un vínculo pensado como copertenencia. Desde una lectura específica he intentado mostrar cómo existe en los textos de Derrida una copertenencia de filosofía y política. Esta expresión me permite no sólo cuestionar esa relación de exterioridad y subordinación, sino dar cuenta de un pensamiento que aborda de modo simultáneo la constitución filosófica de la política y la constitución política de la filosofía, es decir, el modo en que la política se encuentra constituida por conceptos, categorías, significados que remiten a una tradición específica y el modo en que eso llamado filosofía se encuentra constituido por procesos de institucionalización política. Si bien he insistido en esta expresión, en el último tiempo he comenzado a trabajar sobre un pequeño desplazamiento. Sucede que el concepto de "copertenencia" reconduce el vínculo a una pertenencia común, establece cierta familiaridad, postula una mismidad (se trata de un acento quizá excesivamente heideggeriano). Veo allí un problema en tanto se reinventa aquel viejo postulado occidental donde logos y política tienen una estrecha unidad. Por ello, me interesa pensar actualmente en una "topología de la inscripción" para vincular teoría y política. Esto permite pensar en cada caso cómo se inscriben ciertos sentidos sedimentados en la política (en acciones, instituciones, etc.) y cómo se inscriben marcas institucionales en la filosofía (en el doble sentido de institución como fijación performativa de un significado e instituciones materiales de desarrollo, una ley o una Universidad, por ejemplo).

Si en el primer punto señalaba que, al fin y al cabo, toda lectura es política (aun aquella denegatoria), la cuestión es

qué política se juega en cada lectura. Pues bien, me interesa una lectura política de la deconstrucción que da cuenta, en cada caso de esa topología, de la co-inscripción de teoría y política. Esto supone una definición singular de eso llamado teoría o filosofía política. Sin embargo, es necesario señalar que el modo en que se produce esa topología en Derrida, si bien no es la única deconstructiva, da cuenta de una retórica política específica. En otros términos, entiendo que "violencia" y "justicia" son los conceptos desde los cuales se da esa inscripción. Esto supone una diferencia respecto de otras retóricas que acentúan conceptos como poder, dominación, resistencia, etc. Esto no significa que no exista un pensamiento del poder o de la resistencia en Derrida, sino simplemente que la retórica política en la que se piensan estas categorías está sobredeterminada por la relación entre violencia y justicia. No quiero sobreabundar en algo sobre lo que he escrito en otras ocasiones, simplemente quiero señalar aquí que entiendo que esto reconfigura lo que se entiende por pensamiento crítico. En muchas ocasiones se sostiene que una teoría crítica de la política conlleva no sólo el abandono de la pregunta por la justicia (la postulación de un orden normativo) sino su radical cuestionamiento. Algunos sostienen que una posición crítica piensa exclusivamente en cómo resistir relaciones de poder, dominación o explotación existentes. Frente a ello, Derrida permite pensar una crítica que asume radicalmente el problema de la justicia sin tematizarla en términos normativos. Ahora bien, lo hace sin proponer un orden reconciliado, ni una paz perpetua, ni una apertura ética a la alteridad, sino reconociendo el carácter irreductible de la violencia. En resumidas cuentas, entiendo que la deconstrucción derridiana redefine un pensamiento político crítico al pensar, aun asumiendo el carácter irreductible de la violencia, formas de la justicia. Esto no es una tarea sencilla, constituye una especie de exigencia de pensamiento.

De modo que dentro del amplio abanico de los modos de leer a Derrida, de trabajar con él, aquí me interesa aquel que puede ser inscripto dentro de un pensamiento político crítico. No desconozco las mismas precauciones que Derrida señaló respecto del término "crítica", o la necesidad de someter a cuestionamiento los mismos supuestos que posibilitan algo como la crítica. Sin embargo, como crítica de la crítica, la deconstrucción derridiana es un nombre inscripto en aquella tradición de pensamiento político que de un modo u otro socavan las certezas del presente para posibilitar otra cosa. Donde el acento debe recaer en una estrategia oblicua de la crítica, no sólo porque cuestiona sus mismos supuestos, sino porque indica que la oposición directa o la fijación de un afuera terminan por reproducir jerarquías, exclusiones, subordinaciones. Una estrategia oblicua supone la difícil tarea de adoptar una posición urgente en política sin dejar de atender a los complejos procesos de significación que la atraviesan. La estrategia deconstructiva tiene siempre la forma de un rodeo. Un rodeo, primero, porque no es suficiente la inversión de una jerarquía (puesto que en tal caso sólo se logra privilegiar otro término de una nueva jerarquía), sino que es necesario reinscribirla en otro orden; segundo, porque no existe afuera puro, esto es, existe una contaminación diferencial que imposibilita la confrontación directa; tercero, porque los sentidos que atraviesan aquello que nombramos con el término política, sean instituciones, acciones, procesos, se encuentran sedimentados por una extensa tradición que nos constituye aun cuando suponemos evitarla.

El uso de la expresión "topología de la inscripción" es un intento de precisar los modos de la contaminación diferencial, es decir, pensar una crítica no estructurada desde una topología del dentro-fuera (de las oposiciones binarias: poder-libertad, dominación-autonomía, explotación-emancipación,

etc.). Bajo el concepto de inscripción se trata de pensar una teoría de las mediaciones sin lógica (sea dialéctica o de otro tipo). La crítica de la inmediatez, como figura de la presencia, constituye un aire de familia con la teoría crítica de herencia marxista, allí cuando las mediaciones como *differánce* exceden una lógica de la contradicción. Desde mi perspectiva, se trata de formas de la crítica que tramitan de modo diverso la herencia hegeliana. Si existe un pensador de la diferencia, señala el mismo Derrida, es Hegel, pero por eso mismo se trata de ir de una lógica de la contradicción a una lógica de la diferencia. Si bien esto puede suponer una domesticación, diluir la contradicción en una pluralidad de diferencias (un elogio de la diferencia afín a una democracia liberal pluralista), entiendo que en Derrida la diferencia no deja nunca de ser una cierta negatividad. Por ello, la singularidad de Derrida no se encuentra en un pensamiento afirmativo para confrontar con la dialéctica, sino en una relectura de la negatividad, donde la apropiación de Hegel de autores como Bataille o Blanchot resulta central.

Una crítica deconstructiva es una estrategia de rodeo para dislocar un proceso de significación. Una estrategia que transita sobre la contaminación que imposibilita la fijación de elementos simples, de oposiciones binarias, de afueras puros. Por eso mismo la deconstrucción da lugar a una redefinición de eso llamado política. Una parte importante del pensamiento crítico contemporáneo supuso la confrontación con cierto determinismo economicista de la tradición marxista postulando la autonomía de lo político. Incluso se podría reconstruir el pensamiento político crítico según los modos en que ha trabajado esa autonomía. Lo relevante aquí es que la deconstrucción al mismo tiempo que cuestiona cualquier determinismo economicista no postula una autonomía de lo político. En otros términos, la deconstrucción produce una repoliti-

zación que no requiere esa autonomía. Y esto por razones de fondo: postular la autonomía de algo denominado política reconstituye una lógica de los elementos simples sin contaminación. Si Derrida discutiendo con Schmitt (y una extensa tradición de izquierda supuso un diálogo fructífero con este autor para pensar la autonomía de lo político) señala que no existe concepto adecuado de lo político, o que lo político es por definición inadecuado a su concepto, esto significa que no existe una definición correcta de política, una definición esencial, un a priori desde el cual partir. Al volver inestable el mismo concepto de política, la deconstrucción es una estrategia de politización. Donde politizar no significa reconducir una instancia a un significado preconcebido de política, sino redefinir precisamente el sentido del término política al volver inestables instancias de subordinación o exclusión. No se trata de pensar lo propiamente político (o de establecer la especificidad de la dominación política respecto de la explotación económica), sino de volver a lo político algo impropio para resignificarlo en cada práctica deconstructiva singular.

Porque no existe un sentido prefijado de política, en cada caso una práctica deconstructiva inscribe desplazamientos de ese sentido. La inscripción no supone una postulación a priori, politizar no significa simplemente calificar de políticas a prácticas previamente nombradas de otro modo (en tal caso se reproduce el gesto soberano de un nombrar infundado), sino que como tal trabaja siempre sobre sentidos sedimentados. Para decirlo de otro modo, calificar de política una instancia que parece lejana al término puede reproducir una lógica de un sujeto externo que define a priori un objeto. Frente a ello, es en la inmanencia de una práctica, de una institución, que la deconstrucción desestabiliza sentidos para politizar. Por ello, como supo señalar Derrida, es excesivamente política para algunos y escasamente política para otros. En

todo caso, una perspectiva deconstructiva busca politizar sin postular una autonomía de lo político, pero por eso mismo cuestionando cualquier totalización de lo político. Sólo porque no-todo es político son posibles prácticas de politización.

Soberanía

Es un lugar común señalar que soberanía implica una configuración específica de eso llamado política. Las perspectivas historicistas suelen indicar que bajo el concepto de soberanía se entiende una redefinición teórica e institucional de las formas políticas en la modernidad. En este sentido, sólo se podría hablar de soberanía con alguna precisión si se circunscribe su sentido a una genealogía de la modernidad política. No es el lugar aquí de reconstruir estas perspectivas, ni de mostrar los elementos fundamentales de las diversas teorías de la soberanía. Lo que interesa pensar es, por un lado, qué desplazamiento supone en el mismo Derrida el trabajo sobre la soberanía y, por el otro, cómo esta pregunta adquiere una materialidad particular en procesos políticos singulares.

Si bien es cierto que la cuestión de la soberanía puede rastrearse de diversos modos hasta los textos tempranos de Derrida, adquiere una visibilidad específica en sus últimos seminarios y escritos. Desde finales de la década del 80, sus escritos empiezan a trabajar con fuerza problemas que de modo explícito se vinculan con cuestiones ético-políticas. Un cierto modo de pensar la justicia en relación al derecho, un trabajo de herencia del marxismo desde la noción de espectro, una discusión del concepto de lo político a partir de los modos de pensar la amistad, un pensamiento de la hospitalidad incondicional, y así. Sin embargo, en el marco de este trabajo específico sobre problemas ético-políticos, el tratamiento de

la soberanía supone ciertos desplazamientos que todavía están por pensarse. He ahí una clave hermenéutica que me interesa proponer: el problema de la soberanía supone una reconfiguración de algunos problemas teóricos surgidos en la década del 90. Para evitar malentendidos: no se trata de un giro ni de un corte radical, sino de ciertos desplazamientos de acento que abren nuevas cuestiones para un pensamiento deconstructivo de la política.

Este desplazamiento se entiende, por un lado, desde la rehabilitación del problema de la soberanía para la filosofía política crítica. Sería injusto señalar que este problema fue abandonado, pero es cierto que por una doble vía tendió a ser desplazado como objeto de indagación: por la atención al carácter microfísico de las relaciones de poder (que desde sus mismas precauciones metodológicas suponen una crítica de la teoría de la soberanía) y por la atención a instancias macro que excedían ese lugar privilegiado de la soberanía como es el Estado (posiblemente la atención a la globalización en los estudios políticos y con ello a instancias de decisión que exceden los Estados sea un indicio relevante al respecto). La cuestión es que al interior mismo de la tradición crítica la desatención a la soberanía estatal empezó a ser cuestionada y de diversos modos se volvió a señalar la necesidad de su abordaje. Por otro lado, no deja de ser menor que un acontecimiento como el 11-S que socava modos de comprender la política, cierta conceptualidad organizada desde el Estado, la soberanía, la guerra, lo lleve al propio Derrida a repensar la figura del Estado, la democracia y la soberanía. Por paradójico que resulte es un acontecimiento como el 11-S que parece deconstruir la noción de soberanía, la que habilita una cierta atención al problema de la soberanía política.

Si bien los problemas, las temáticas, las preguntas son recurrentes respecto de los textos de la década del 90, se pro-

duce un desplazamiento de acento de un pensamiento de la justicia como hospitalidad a un pensamiento de la soberanía. Inscripta en la cuestión de la animalidad es como si la soberanía habilitara una nueva red semántica para pensar la política. Como si la deconstrucción encontraría en el problema de la soberanía una radicalidad que necesita una indagación urgente. Y eso desde ciertas decisiones que marcan el modo en que Derrida la piensa: primero, cuestionando un historicismo ordenado por épocas, en numerosas ocasiones su pensamiento de la soberanía lo lleva hasta Aristóteles para indagar su núcleo de sentido como autarquía; segundo, inscribiendo su perspectiva como una crítica a ciertas versiones de la biopolítica contemporánea y dando lugar a algo que se puede denominar zoopolítica (o más precisamente zoo-teo-política); tercero, pensando la soberanía en relación a la democracia, como un componente necesario (no habría democracia sin soberanía), pero al mismo tiempo como aquello que limita la misma posibilidad de la democracia como apertura; cuarto, en una reelaboración del concepto de auto-inmunidad, uno de los núcleos conceptuales que marcan sus escritos tardíos. De cierto modo es como si el problema de la soberanía confrontara la deconstrucción con un asunto difícil: una incondicionalidad excepcional. Se podría señalar lo siguiente: la deconstrucción se entiende como una crítica de las condicionalidades, por ejemplo de las condiciones restringidas de una hospitalidad calculada, la deconstrucción como un modo de socavar ciertas estabilizaciones institucionales para posibilitar otra cosa. Sin embargo, la soberanía no es del orden de las condicionalidades, de las instituciones o del derecho, sino que comparte con la deconstrucción su carácter incondicionado. El abismo al que se enfrenta Derrida es cierto "aire de familia" con una crítica soberanista de la institucionalidad condicionada. *Per caso*, frente a un orden instituido que fija determinadas fron-

teras respecto de los no-ciudadanos se puede pensar una crítica que postula la falta de una soberanía incondicionada que lo interrumpa. Por ello la necesidad de pensar una y otra vez ya no el lugar de la deconstrucción frente a lo condicionalidad de un orden específico, sino la diferencia entre una incondicionalidad soberana y una incondicionalidad deconstructiva.

De modo que en el marco de los estudios de recepción de Derrida es importante atender a esos dos indicios: de un lado, la relevancia de la soberanía entendida como incondicionalidad excepcional para la deconstrucción como tal; del otro lado, el desplazamiento de acento entre los textos de la década del 90 y los textos del 2000. Como una vieja tradición lo señala, dar lugar a un pensamiento sobre la política conlleva siempre una contaminación con las transformaciones del mundo histórico. El 11-S marca una inflexión importante puesto que implica una variación respecto de reflexiones teóricas cuyo acento en la globalización en ciertos casos supuso una excesiva desatención respecto del lugar del Estado y la reconfiguración de la soberanía. En este marco, si bien Derrida sigue acentuando una noción de justicia que requiere de instancias internacionales, el trabajo sobre la soberanía, indicando que el "efecto de soberanía es irreductible" en términos políticos, supone una atención a cómo un pensamiento de la justicia en términos de incondicionalidad incalculable se tramita en un vínculo con modos de particionar la soberanía.

Esto supone un importante indicio para aquella tradición que asume el desafío de pensar críticamente la política, sabiendo que la deconstrucción no es sino un modo hiperbólico de la crítica. Pues indica que la crítica no sólo no debe abandonar una reflexión sobre la justicia (esto es, no dejarla como reflexión sólo de las teorías normativas), sino que la soberanía sigue siendo un tema de irreductible importancia. Derrida, junto con otros autores, indica que un simple aban-

dono de una reflexión crítica sobre las teorías de la soberanía supone desconocer buena parte de las transformaciones del mundo contemporáneo. Lo que significa también una limitación de la misma potencialidad de la crítica.

Al mismo tiempo, un pensamiento deconstructivo de la soberanía supone desafíos específicos para las lecturas de Derrida desde diversas geografías. Si cada pensamiento sobre la política se encuentra atravesado por formas o procesos políticos particulares, no puede ser de otro modo con las lecturas realizadas. Si bien no existe una determinación lineal entre la fijación de una coordenadas geográficas e históricas respecto de un modo de lectura, resulta importante destacar que los modos de configuración de la soberanía y las formas de estatalidad en América Latina tienen una singularidad que trama un modo de leer. La necesidad de repensar la soberanía no se entiende sino a la luz de procesos políticos que en cada país de América Latina suponen formas de estatalidad y modos de soberanía.

En resumidas cuentas, se trata de un modo de entender el pensamiento político donde la crítica no se entiende ni como abandono de las teorías de la soberanía o del Estado ni siempre como oposición contra el Estado o contra cualquier forma de soberanía. La deconstrucción, he aquí el desafío, abre a un modo de la crítica que asume el carácter irreductible de la dimensión institucional, y así un trabajo inmanente con las formas de estatalidad y los modos de soberanía. Así el Estado deja de ser ese monstruo frío al que siempre debe combatirse *in toto* como condensación de ciertas relaciones de dominación, para pensar de modo inmanente sus instancias de indecidibilidad. En cualquier caso, la deconstrucción abre una vía de la crítica que tiene una enorme potencialidad para los procesos políticos contemporáneos.

Bibliografía

- Fabbri, L. (2006). *L'addomesticamento di Derrida. Pragmatismo/ decostruzione*. Milano: Mimesis.
- Malabou, C. (2010). "Dialéctica, deconstrucción, plasticidad", *Papel Máquina*, Año 2 N° 5, Santiago de Chile: Palinodia.